

FILOSOFÍA DE LA SOSPECJA

1.- El trabajo en la antropología de Marx

1.1 Trabajo y alienación

2.- La transmutación de los valores en Nietzsche

2.1 Crítica a los valores de la cultura occidental

2.2 Crítica del conocimiento

2.3 Crítica a la metafísica tradicional

2.4 Crítica a la moral cristiana

2.5 El superhombre y la transmutación de los valores

3. Freud: último de los maestros de la sospecha

3.1 El yo, el Ello y el Super-yo

3.2 Complejo de Edipo

Las interpretaciones filosóficas del ser humano durante la edad antigua y la modernidad tienen una cosa en común: todas ellas confían en el poder de la razón para desentrañar las claves de nuestro comportamiento. Estas teorías suponen que la realidad humana es transparente porque puede comprenderse de manera inmediata si la estudiamos adecuadamente.

Sin embargo, no todos los autores han compartido esta perspectiva. En el siglo XIX también surgieron interpretaciones antropológicas interesadas en estudiar los factores ocultos que influyen en las personas. De acuerdo con esta visión, la clave para explicar lo que es el ser humano hay que buscarla en elementos poco evidentes que resulta difícil identificar a primera vista. Marx, Nietzsche y Freud son 3 importantes pensadores que adoptaron este enfoque al elaborar sus teorías sobre el ser humano.

El filósofo francés Paul Ricoeur llamó maestros de la sospecha a estos 3 autores. Según Ricoeur, estos pensadores fueron los primeros en sospechar que las interpretaciones tradicionales acerca del ser humano eran insuficientes. Para ellos más allá de los factores manifiestos que pueden conocerse con claridad también existen elementos ocultos que influyen decisivamente en nuestro comportamiento.

1 El trabajo en la antropología de Marx

La teoría antropológica de Karl Marx otorga una importancia crucial al trabajo humano. Según Marx, lo que nos diferencia de los demás animales es fundamentalmente la capacidad humana de transformar la naturaleza de manera creativa.

Desde luego, también hay animales sociales que modifican su entorno, como las abejas las hormigas o los castores. Pero Marx creía que la forma en que los seres humanos intervenimos en el mundo que nos rodea es única. Solo las personas somos capaces de planificar con antelación el modo en que vamos a transformar la realidad en lugar de seguir ciegamente nuestros instintos.

En el proceso de trabajo los seres humanos empleamos la imaginación la razón y la creatividad de este modo podemos modificar nuestro entorno para cubrir nuestras necesidades y para satisfacer nuestros deseos materiales. Por eso el trabajo es una actividad liberadora y creativa en la que se manifiesta nuestra verdadera condición humana.

Según Marx estas características hacen del trabajo una actividad única y exclusivamente humana. El ser humano es el animal que trabaja. Hoy además se trata de una actividad social en la que intervienen elementos fundamentales como el lenguaje la inteligencia y la capacidad de cooperar con los demás.

Para Marx la esencia del humano se expresa en la realización de un trabajo creativo que nos permite transformar la realidad que nos rodea colaborando con los demás

1.1 Trabajo y alienación

Marx era muy consciente de que su teoría acerca del trabajo no correspondía a la realidad que vivía en los obreros en las fábricas. Un trabajador en una cadena de montaje no experimenta su trabajo como una actividad liberadora ni creativa. El obrero industrial se siente más bien sometido al ritmo de las máquinas que lo obligan a realizar una tarea mecánica y repetitiva ¿Cómo puede explicarse a esta situación?

Según Marx el problema está en la específica forma que han adoptado las relaciones de trabajo en el mundo contemporáneo.

En las sociedades tradicionales los trabajadores son dueños de los productos que elaboran. Cuando un artesano fabrica un objeto vuelca en su actividad toda su energía y creatividad, que

quedan plasmadas en el producto de su trabajo el objeto que ha fabricado contiene el fruto de su esfuerzo que el artesano puede contemplar satisfecho porque le pertenece.

Sin embargo, la situación de los trabajadores es muy distinta en la sociedad industrial. Hoy los obreros que trabajan en una fábrica no son dueños de los objetos que elaboran, aunque vuelcan su energía en el proceso de producción el resultado de su esfuerzo pertenece a un capitalista que es el propietario de la fábrica.

De este modo el obrero sufre un curioso malestar. En vez de ser libre el obrero que trabaja en una sociedad capitalista está esclavizado y tratado como si fuera una máquina experimentando la **alienación**.

¿Cómo es posible que los obreros acepten calladamente su situación? ¿Por qué se someten a una forma de trabajo alienante y deshumanizadora?

Marx creía que la explotación de los obreros podía mantenerse mediante el dominio de la ideología que ofrece una interpretación deformada de la realidad y manipula las conciencias de los individuos.

La ideología es una visión distorsionada del mundo que sirve para justificar el dominio de los poderosos

Aunque beneficia a quienes tienen el poder, la ideología se extiende por toda la sociedad influyendo en la vida de todas las personas. Al interiorizar la ideología dominante las personas acaban por aceptar el orden social y la forma de vida establecida como si fueran naturales e imposibles de cambiar.

2.- La transmutación de los valores en NIETZSCHE

Otro autor que ha tratado desvelar los motivos ocultos que están detrás del origen de nuestra forma de vivir y de pensar es Nietzsche Para él, los conceptos y los valores aparecen como síntomas, como máscaras que ocultan una determinada voluntad, una determinada manera de vivir y de interpretar el mundo.

Nietzsche denomina **genealogía** a esta búsqueda del origen oculto de nuestras ideas, y utiliza el método genealógico para este desvelamiento. El estudio genealógico que propone

implica investigar el origen y evolución de los valores para revisar de forma crítica su desarrollo histórico y ver qué sistema moral se ha impuesto y por qué.

Pues bien, Nietzsche distingue dos tipologías vitales, la vida débil y la vida fuerte, y las define a través de múltiples conceptos e imágenes a lo largo de toda su obra. Así, la vida fuerte es la vida del noble, la vida del superhombre, que representa como un artista, la desmesura creadora de Dionisio, la soledad del águila o la sonrisa de un niño inocente. Mientras que la vida débil es la vida del esclavo, que se manifiesta en el sabio estoico que predica la resignación, en el orden y la medida del dios Apolo y en el gregarismo de los corderos.

2.1 Crítica a los valores de la cultura occidental

Valiéndose de estos dos polos de referencia, vida débil y vida fuerte o noble, Nietzsche elabora su crítica a la cultura occidental, una cultura viciada desde su origen, cuyo error más peligroso consiste en instaurar la racionalidad a toda costa. La cultura occidental simboliza el rechazo de este mundo, al que contrapone otro mundo de carácter verdadero, perfecto, racional y divino.

Filosofía, religión y moral (mundo racional, mundo religioso y mundo moral) son los tres mundos inventados por la cultura occidental cuyos conceptos y valores son síntomas de la vida débil y su resentimiento a la vida fuerte y noble. Por ello, es necesario hacer una crítica de los mismos. La filosofía de Sócrates y Platón representa el mundo racional, mientras que el judeocristianismo representa el mundo religioso y moral.

2.2 Crítica del conocimiento

Para Nietzsche las palabras funcionan como metáforas, en el sentido de que una única palabra nos permite sustituir una realidad diversa. Por eso, dice que cuando creamos un concepto creamos una ficción, una ficción que unifica la realidad diversa y cambiante y la convierte en algo estable.

De ahí que para Nietzsche no se pueda hablar de conocimiento, con mayúsculas, como el descubrimiento de verdades universales, ya que la verdad es una metáfora. En todo caso, lo que existe es un acuerdo sobre lo que llamamos verdad, sobre qué metáforas consideramos válidas, porque nos son útiles. Este es el sentido de su perspectivismo. Ahora

bien, a Nietzsche lo que le interesa es hacer una genealogía, saber cuál es el origen de esta idea de verdad y a quién beneficia.

Nietzsche quiere demostrar que el valor del conocimiento y la idea de verdad que nos han presentado es lo que beneficia a una mentalidad débil, que necesita la sensación de estabilidad que le otorgan los conceptos frente a lo instintivo, frente a la vida, que es necesariamente dinámica e inabarcable en un concepto.

2.3 Crítica a la metafísica tradicional

La realidad está sometida al cambio y la lucha de contrarios (Heráclito). En esa lucha, la conciencia trata de fijar el movimiento, de anularlo, sustituyendo la realidad por una representación de la realidad. Pero toda representación es falsa, en tanto que representación, por lo que lo falso termina por sustituir a lo verdadero. Recuperar la verdadera realidad, poner de manifiesto la radical prioridad de la vida sobre la conciencia será, en buena medida, el proyecto nietzscheano. Para ello, es preciso criticar la metafísica tradicional y eliminar el error de base.

La metafísica tradicional se basa precisamente en los prejuicios de los filósofos contra la vida: prejuicios tales como el miedo a la muerte, a la vejez, al cambio, etc. Ello les llevó a considerar como verdadera no esta vida sino otra que existe en un mundo perfecto, estático e inmutable. Este es el error fundamental del dogmatismo platónico. Pretende poner en ese otro mundo el fundamento de unos valores supremos eternos, universales e inmutables, cuando lo único que existe es el devenir constante de este mundo. No existen dos mundos, y la única y auténtica realidad es cambiante.

Por tanto, las categorías ontológicas de la metafísica tradicional, tales como sustancia, causa, alma, etc., son meras ficciones de la razón, conceptos vacíos que no se basan en una propiedad de la realidad, sino en una mera valoración subjetiva. Es decir, su fundamento no es la lógica, sino la necesidad que tiene el hombre débil de vivir con cierto reposo y seguridad en un mundo donde todo es devenir. La necesidad ciega y el azar son los únicos principios que gobiernan el mundo. Por tanto, hay que negar la existencia de realidades ontológicas. Debe ser rechazada toda metafísica que implique menosprecio por la vida tal y como es.

2.4 Crítica a la moral cristiana

Por su parte, la moral cristiana se fundamenta en la metafísica platónica, que defiende la existencia de un “mundo más allá” en el que fundamenta sus valores y en el que sitúa la meta final a la que debe aspirar el hombre. Esto significa negar todo valor a la vida terrenal. Por eso, la moral cristiana es una moral contranatural, que se opone a la vida dionisiaca al prescribir leyes contra los instintos vitales. Este resentimiento hacia la vida lleva al cristianismo a admitir la existencia de unas leyes morales exteriores a la vida misma, cuyo fundamento último es el Dios cristiano, un Dios que existe fuera de la vida.

Para Nietzsche, la creencia en Dios no es más que un engaño o ficción de los hombres débiles para apoyar sus doctrinas, especialmente la moral, e impedir el desarrollo de individuos superiores. De este modo, Dios se convierte en la gran objeción contra la vida. Dios es hostil a la vida, es la negación de la vida, causa de la decadencia del mundo. Por tanto, debemos negar a Dios y toda responsabilidad ante él. Solo negando a Dios se puede redimir el mundo. Este es el sentido de su ateísmo, resumido en la célebre frase “Dios ha muerto”, que aparece primero en *La gaya ciencia* y es pronunciada después por Zarathustra.

Ahora bien, cuando Nietzsche proclama la muerte de Dios y de todos los hombres débiles, no se refiere a una muerte física (como luego interpretará el nazismo), sino a una reevaluación de los fundamentos de la moral. Por eso, su método genealógico se propone desvelar y comprender los motivos ocultos que subyacen al origen de los valores de la moral cristiana occidental. Para que los individuos puedan decidir por sí mismos si realmente quieren tomar esos valores como válidos u obsoletos. De ahí que su ateísmo deba ser entendido como el punto de partida necesario para la nueva cultura que propugna: “Dios ha muerto, ahora queremos nosotros que viva el superhombre”.

2.5 El superhombre y la transmutación de los valores

El superhombre es un concepto altamente controvertido en la filosofía nietzscheana, generando diversas interpretaciones, algunas de las ellas de carácter elitista y racista. Una traducción que expresa de forma más correcta el término alemán *übermensch* sería “humano superior”. Es decir, el superhombre representa el fin supremo de la humanidad. Una humanidad que, una vez liberada de los valores ficticios, especialmente los cristianos, será capaz de crear otros nuevos partiendo de la vida como valor supremo, fundamento de todos los demás valores.

El superhombre es autonomía y plenitud de dominio sobre sí mismo. No tolera que le impongan desde fuera ni valores, ni fines, ni obligaciones. Él es su propia norma de conducta, más allá del bien y del mal. El superhombre personifica el valor supremo de la vida. Por tanto, la vida que conduzca al superhombre será ascendente, buena y valiosa; y la vida que se aparte del superhombre será descendente, antinatural, mala y perniciosa.

Nietzsche distinguirá dos tipos de moral: la moral de los esclavos y la moral de los señores, respectivamente. La moral de la vida descendente es la moral de los esclavos, que corresponde a los débiles, a los humildes y serviles. Algunas características de esta moral son la compasión, la humildad, la resignación, la obediencia, etc.

La moral de la vida ascendente es la moral de los señores, que corresponde a los dominadores, a los fuertes. Es decir, al superhombre. Algunas características de esta moral son la arrogancia, la confianza, la fe en sí mismo, la actividad, la insensibilidad. En general, es una exaltación de los instintos vitales.

La moral vigente, la moral cristiana, es la de los esclavos, impuesta por el resentimiento hacia los fuertes y poderosos. Los débiles han elevado sus miserias a la categoría de virtudes y se han constituido como ideal absolutamente opuesto al del superhombre. De ahí que el superhombre no pueda llegar a menos que los individuos superiores tengan la audacia de llevar a cabo una transmutación de los valores.

El medio para conseguirlo es la voluntad de poder; entendida como la voluntad de "poder ser". Es decir, en la medida en que el hombre tiene la capacidad y la exigencia de superarse, y en la medida en que mantiene ese anhelo, tiende al superhombre; expresión del inconformismo y la capacidad de esfuerzo para superarse y conseguir algo mejor. Por eso, la voluntad de poder también significa la exaltación de la creatividad del hombre en tanto que capaz de crear algo nuevo.

Ahora bien, para llevar a cabo esta transmutación de los valores, es necesaria la destrucción de los valores vigentes. Lo que implica el nihilismo, pero no entendido en un sentido negativo, sino en sentido positivo.

Por un lado, el nihilismo es símbolo del ocaso y desintegración de los valores morales cristianos, por lo que la cultura occidental se queda sin sentido, sin guía o meta aparente, lo que lleva a la decadencia y el pesimismo. Pero, por otro lado, el nihilismo es expresión de **la voluntad de poder** que busca destruir todo aquello en lo que antes creía para implantar

nuevos valores. Es decir, se trata de un nihilismo activo que niega para afirmar; destruye para crear un nuevo horizonte hacia la transformación de los valores.

En su obra *Así habló Zaratrusta* distingue tres manifestaciones de la vida humana o tres estadios de la transformación del espíritu:

El primer estadio está representado por la figura del **camello**, que se arrodilla para recoger la carga más pesada. Simboliza una vida que solo es capaz de sentirse valiosa poniéndose al servicio de una supuesta vida superior. Su conducta está regida por el sentimiento del deber, la obligación y el sacrificio. Se rige por el "tú debes". Y cuanto más se sacrifica más siente que está cumpliendo su destino.

El segundo estadio está representado por la figura del **león**, que simboliza la negación del estadio anterior cuando el ser humano toma conciencia de su servidumbre y se rebela. Su conducta está regida por el "yo quiero". Sin embargo, la voluntad del león consiste en un querer "no ser algo": no querer seguir los mandamientos, no querer sufrir, etc. Por eso, todavía es una voluntad incapaz de afirmarse a sí misma, con la mirada siempre puesta en unos valores que no ha creado y contra los cuales lucha.

El tercer estadio está representado por la figura del **niño**, que simboliza al superhombre y la afirmación gozosa de la vida. El niño ya no mira hacia el pasado, sino que afirma con alegría lo que es y se proyecta hacia el futuro. Su conducta está regida por el "libre para".

3. Freud: último de los maestros de la sospecha

Sigmund Freud será el último de los Filósofos (o Maestros) de la sospecha, término que como sabéis acuñó el hermeneuta francés Paul Ricoeur para referirse a aquellos filósofos que cuestionaron las ideas ilustradas de racionalidad y verdad. El propio Freud se dará cuenta del alcance de su crítica cuando afirme que su teoría psicoanalítica supone la última de las tres grandes humillaciones para el ser humano: No somos el centro del Universo; en realidad no somos ni siquiera el centro de un sistema planetario que se encuentra en algún rincón perdido del firmamento. Estamos emparentados con los primates, lo que dificulta el discurso que nos vincula directamente con la naturaleza divina y cuestiona seriamente nuestra relación con el resto de animales. Pero es que ni siquiera nuestra racionalidad se desarrolla de forma consciente, sino que está gobernada por impulsos que escapan a nuestro control de los que ni siquiera tenemos constancia. Afirmar que nuestros procesos mentales obedecen a actos inconscientes implica que ni siquiera manejamos el elemento humano del que estábamos más orgullosos: la

racionalidad. Concluye Freud por tanto con la humillación psicológica el tercer escalón que habían iniciado Copérnico y Darwin con sus afrentas cosmológica y biológica a nuestro ego

3.1 El yo, el Ello y el Super-yo

El término inconsciente se suele explicar con diferentes metáforas. Una de ellas sería una linterna, con un haz de luz central que va degradándose hasta confundirse con la oscuridad. La zona iluminada sería la parte consciente y la oscuridad el inconsciente, con una zona de luminosidad intermedia que se identificaría con lo preconscious y que hace referencia en el psicoanálisis a todas aquellas representaciones que no son conscientes en un momento dado pero pueden volverse conscientes. La imagen clásica del iceberg nos permitirá enlazar estos conceptos con los de Ello, Yo y Super-yo



Freud asegura que la mente posee una estructura dividida en tres partes. El yo, que es fundamentalmente consciente, perderá importancia para el psicoanálisis al cobrar protagonismo las representaciones sumergidas y que tendrán la propiedad de incidir decisivamente en la vida psíquica del individuo. En este cuadro se presentan las características más importantes de los tres conceptos señalados

Yo	ELLO	SUPER-YO
<ul style="list-style-type: none"> - Principio de REALIDAD - Opera en el consciente e inconsciente - Su objetivo será conciliar el ello con el super-yo - Parte racional - Es la parte que desarrolla los mecanismos de defensa (inconscientes) 	<ul style="list-style-type: none"> - Principio de PLACER - Inconsciente - Representa nuestros impulsos, deseos y necesidades más elementales y primitivas - Comprende las pulsiones de la vida (alimento, sexualidad, autoconservación) y de muerte (frustraciones, traumas inconscientes) 	<ul style="list-style-type: none"> - Principio de PERFECCIÓN - Por un lado se refiere a la Conciencia moral; por otro lado es una idealización del Yo. - Contiene todos los valores, principios y normas en los que el individuo ha sido socializado - Su desarrollo depende de cómo se resuelva el Complejo de Edipo.

3.2 Complejo de Edipo

El nombre, tomado de la obra de Sófocles (*Edipo rey*), hace referencia en el psicoanálisis a las tensiones que se producen durante la infancia por la convivencia de deseos hostiles y amorosos hacia ambos progenitores. De un lado el deseo de aprobación, atracción sexual y beneplácito con el progenitor del mismo sexo. De otro, la rivalidad, odio, impulso de agresión, pero también admiración hacia el progenitor del mismo sexo.

Esta tensión será central para la formación del Super-yo. Renunciar a los impulsos edípicos implicará la interiorización de las prohibiciones parentales, que no son las prohibiciones que ejercen los padres, sino que es una prohibición que existe en la cultura mediatizada por los padres. El superyó es un representante de las normas correspondientes a una cultura; el niño abandona al objeto deseado pero sigue conservando las normas parentales de prohibición.